

El fracaso del siglo XX¹

José Ignacio González Faus
Cristianisme i Justícia
Barcelona, España

Cuando hablamos de fracaso del siglo XX, nos estamos refiriendo, como es obvio, a la segunda mitad del siglo. La primera mitad ya quedó juzgada por las dos bárbaras guerras mundiales, que asolaron a casi todo el planeta. La segunda mitad es aquella en la que empezábamos a abrir los ojos y a actuar nosotros, los que hoy hacemos este juicio, y que se nos presentaba como un camino hacia “la tierra prometida”. Pero muchos de mi generación creen que a pesar de innegables progresos teóricos y de declaraciones rimbombantes, dejamos el mundo peor de lo que lo encontramos. Ha sido, pues, “*nuestro* fracaso” y así titularemos la primera parte de este artículo, desde un análisis que quiere abarcar, a la vez, aspectos sociopolíticos, económicos y culturales. La segunda parte intentará sacar de ahí algunas reflexiones, ya desde una óptica cristiana, aunque esperando que puedan ser de utilidad universal.

1. Nuestro fracaso

1.1. Panorama

Al llegar al fin de sus días, uno tiene la sensación de que esta época que hemos vivido ha sido una de grandes promesas, que termina con una sensación de fracaso. Las reflexiones siguientes intentarán analizar un poco ese fracaso.

Hace cincuenta años, nadie hubiera imaginado que hoy íbamos a estar con una sensación dominante de pesimismo. La que se anunció como era de

1. Nota del editor: “El fracaso del siglo XX” ofrece al lector una visión europea de lo que ha sido ese periodo. A pesar de ello, el lector latinoamericano puede encontrar luces para hacer su propia evaluación desde América Latina. Es interesante constatar que la Europa hostil a la teología de la liberación, que pretendió buscar una liberación al margen de Dios, ha fracasado. Los caminos que propone González Faus, en la segunda parte del texto, para superar ese fracaso son principios de la espiritualidad de la liberación.

la paz y la prosperidad ha concluido en lo que ha sido calificado como “era del desánimo”. Ni que nos encontraríamos con un fracaso rotundo, en los objetivos del tercer milenio y de otros programas similares, tanto en cuestiones vitales, como la disminución del hambre, la lucha contra el cambio climático o a favor del desarme nuclear. Ni con la constatación sorprendida de que nuestra dependencia de los combustibles fósiles está contrapesando muchos progresos técnicos de la medicina. Ni con un regreso de las extremas derechas fascistoides en casi todos los países del mundo y sin dejar de crecer en muchos lugares. Tampoco con una situación tan lamentable en un país como Gran Bretaña que era, en muchos casos, cuna de la democracia. Ni que volveríamos a tener una guerra como la de Ucrania, que tendemos a mirar como un apéndice, pero que debe sumar con las de Siria, Yemen, Sudán del Sur..., tan crueles o más que la de Ucrania, pero de las que nosotros prescindimos, porque sus consecuencias no nos afectan; pero que amenazan con acabar en una guerra nuclear. ¿Quién iba a decir que hoy, países muy desarrollados andarían pensando cómo calentarse en el invierno?

Añadamos a todo eso que, así como fracasó la revolución rusa, han fracasado la revolución cubana, la nicaragüense, la venezolana y la salvadoreña, mientras sus gestores todavía se empeñan en reconocerlas como “revoluciones”. Y digo no solo que han fracasado, *sino que no fueron tan necesarias*. Pero, por necesarias que fuesen, no han conseguido triunfar, bien sea porque se hicieron mal, bien porque el enemigo era más fuerte de lo esperado (cosa que habrá que analizar en cada caso).

Y para acabarlo de arreglar, nos encontramos con un aumento alarmante de los suicidios entre los jóvenes y con casi un 40 por ciento de jóvenes con enfermedades psíquicas... Por duro que resulte decirlo, ha fracasado la modernidad. Déjese me citar otra vez unas palabras prometedoras del marqués de Condorcet, hace ya más de dos siglos:

Llegará, pues, el momento en que el sol sobre la tierra no iluminará más que a *hombres libres*, que no reconocerán otro maestro que su razón; en que los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus instrumentos estúpidos e hipócritas ya no existirán más que en la historia y en los teatros; en que nadie se ocupará de ellos más que para llorar a sus víctimas y sus engaños, o para dejarse guiar por el horror de sus excesos hacia una vigilancia útil, para saber reconocer y ahogar bajo *el peso de la razón* los primeros gérmenes de la superstición y la tiranía, si es que se atrevieran a reaparecer (*Décima época*, p. 230, Madrid, 1980).

¿Qué diría hoy el buen marqués si viera en qué han quedado aquellas promesas suyas? Hace ya años, la obra clásica de T. Adorno y M. Horkheimer

(*Dialéctica de la Ilustración*) alertaba sobre posibles desvíos de todas aquellas esperanzas: una época que nació con la promesa de la razón y la libertad, parecía estar convirtiéndose en una época irracional y poco libre, nos decían. Pero lo sorprendente es el poco caso que hicimos de aquellas advertencias.

En realidad, el fracaso de la modernidad quedó ya testificado por la llamada “postmodernidad”². Pero hoy debemos reconocer que también esta ha fracasado. Con una imagen sexual muy gráfica, podríamos decir que nuestro progreso terminó en una eyaculación precoz, y que de ahí parece que hemos pasado a una “disfunción eréctil”³.

Parece razonable concluir que deberíamos *preguntarnos qué nos ha pasado o si hemos hecho algo mal*. Aunque también podemos seguir tan tranquilos, ajenos a este drama, con la viejísima fórmula de “pan y circo”: el circo son hoy los infinitos espectáculos deportivos, oportunamente colocados a todas horas para que estemos siempre distraídos; y el pan, esta vez, ni siquiera necesitan darlo los gobiernos: Cáritas o Manos Unidas los liberan, sin pretenderlo, de esa diligencia.

Con un dicho ya paradigmático, podemos “seguir bailando tranquilamente en la cubierta del Titanic”. Con la ventaja de que, al chocar contra el iceberg, ni siquiera nos dará tiempo de enterarnos.

Ante este panorama, piensa uno que quizá valga la pena intentar un análisis de nuestro recorrido, de nuestro pasado y de nuestro presente, por si puede ayudar a mejorar nuestro futuro. Sin más afán que el de ser una primera palabra a la que ojalá se sumen otras más competentes. Pensamos eso sin tener la seguridad de que nuestra intención sea cierta y correcta. Sabiendo que, a lo mejor, no se trata más que de aquello que cantaba la zarzuela: “de los viejos, su placer recordar”. Y si es esto último, pues ustedes perdonen y no hagan caso.

1.2. No haber sabido leer los signos de los tiempos

Hace unos cincuenta años, se dieron dos factores que tenían el mismo significado: uno en la sociedad eclesial y otro en la sociedad laica. En mi opinión, se trataba de eso que el concilio Vaticano II, retomando unas palabras de Jesús, llamó “signos de los tiempos”: fenómenos que significan algo, que anuncian un

-
2. Me permito remitir a los Cuadernos 22 (*Postmodernidad europea...*) y 133 (*¿Abjurar la modernidad?*) de Cristianisme i Justícia. El primero de ellos es de 1988.
 3. Curiosamente, según los sexólogos, está siendo un problema importante en los últimos años.

camino, a veces incluso un imperativo por donde debería construirse el futuro. Pero que ni la Iglesia, ni la sociedad —y me temo que esta menos todavía— supieron leer e interpretar.

Aclaremos que lo de signos de los tiempos no significa algún anuncio o promesa de algo positivo: Jesús ponía el ejemplo del tiempo, que puede anunciar tormenta o puede anunciar sol. De lo que se trata es de saber lo que significa cada signo, para que podamos atisbar algo de lo que se avecina y lo compartamos como corresponda.

En la sociedad eclesial podemos visibilizarlos hoy simplemente con cuatro títulos muy leídos. En Europa, J. B. Metz publicaba *Más allá de la religión burguesa*, y en el campo protestante teníamos una *Teología de la esperanza* (de J. Moltmann). En América Latina resonaba por doquier la *teología de la liberación*, título ya no solo de un libro, sino de todo un movimiento. Y como dato que los une a todos, evoquemos el decreto 4.º de la Congregación General 32 de los jesuitas sobre *servicio de la fe y promoción de la justicia*.

Estas realidades, y el camino que sugieren, estaban entonces encima de la mesa; hoy, lo que quede de ellas hemos procurado meterlo debajo de la alfombra. Las demandas religiosas siguen siendo burguesas, casi más que antaño. La fe religiosa se ha ido configurando como demanda de una mística; pero, por lo general, una mística sorda al clamor de los oprimidos de la tierra, una mística más atenta a la contemplación del propio ombligo espiritual que del dolor y las lágrimas de las víctimas de nuestra historia.

Y no quisiera que esto último suene a crítica. Es fácil comprender el enorme vacío interior que esto ha ido creando en nuestra sociedad, atenta solo a ofertas de consumo y de tecnología; o la esclavitud de los teléfonos móviles, que hacen que tantas gentes (jóvenes, sobre todo) solo estén bien cuando están compulsivamente usándolos y se sientan perdidas cuando no lo hacen, lo que evidencia el reclamo de una interioridad y una plenitud más hondas. Esta es una demanda muy comprensible, muy importante y a la que hay que atender. La única cuestión es *cuál es la forma correcta de hacerlo*, porque la persona humana es un ser tan dialéctico, que solo alcanza su verdadera interioridad cuando acaba volviéndose a los demás; y solo se comporta bien hacia fuera, cuando esa conducta brota de una plenitud interior. Creo que ahí está la razón de la mayoría de nuestros fallos.

Cerrando este paréntesis, *lo que importa es destacar el desvanecimiento de aquellas tareas antes enunciadas*. La religión sigue siendo burguesa, la esperanza ha desaparecido —salvo la esperanza de enriquecerse pronto para dedicarse después a disfrutar cada uno por su cuenta. Se ha lanzado incluso

la pregunta de qué queda de la teología de la liberación: una pregunta cuyo momento idóneo hubiera sido cuando ya no quedaran pobres por liberar. Mientras que, hecha fuera de aquel momento, solo significa que nos hemos librado de un imperativo.

El cristianismo va desapareciendo en Europa. Unos echan la culpa a aquellas demandas citadas antes como signos de los tiempos, las cuales, según ellos, eran solo un “reduccionismo” de lo religioso o un comunismo ateo. Aunque también podría ser que, precisamente, la desobediencia a aquellas señales de los tiempos bien entendidas, haya privado al cristianismo de relevancia en nuestra sociedad —por lo menos, una relevancia cualitativa, aunque no cuantitativa—, reduciéndolo a una secta espiritualista y minoritaria, que no tiene casi nada que ver con aquel profeta y mesías llamado Jesús de Nazaret y donde, más que el mesías y el mesianismo, lo que interesa a muchos es “un Dios a la carta”. No olvidemos que, etimológicamente, cristianismo significa precisamente mesianismo⁴.

A su vez, por aquellos mismos días, *la sociedad civil* estaba dominada por el tema del marxismo. A favor o en contra, con el miedo o la esperanza, con el crecimiento de los partidos comunistas en las democracias, con la sensación de que algo podía moverse en el este (Checoslovaquia, Hungría...) y con la aparición de plataformas oficiales de “diálogo cristiano-marxista”. Una serie de fenómenos de los que, como hemos hecho antes, ahora solo queremos constatar su existencia entonces, y su práctica desaparición en nuestros días.

No se trata, pues, de valorar ahora aquellos fenómenos. Por lo general, todas esas valoraciones suelen ser interesadas y simplistas. Se trata solo de comprender que aquel marxismo era un signo de los tiempos: *significaba algo*. Quienes afirmaban que aquel marxismo era una enfermedad, deberían añadir que las enfermedades aparecen muchas veces por algún fallo del organismo —predisposición genética, clima perjudicial, dieta insana...⁵. En cambio, quienes crean que aquel marxismo era más bien una promesa o el signo de un imperativo, están obligados a preguntarse por qué no se ha cumplido esa promesa, buscando también posibles fallos propios y no solo excusas exteriores, como los bloqueos, con los cuales también deberían haber contado entonces.

4. Como ya es sabido, el *Masiah* hebreo fue traducido al griego como *Christós* (Ungido). Pero unguento no con aceites, tan abundantes en la Palestina de entonces, sino con la divinidad misma.

5. Algo de eso se dio de modo insuficiente en la Europa de las décadas de 1950-1970, aproximadamente, por el miedo al comunismo ruso. Y es lo que luego fue llamado “la edad de oro del capitalismo”.

Marx, por ejemplo, había dicho claramente que la revolución en un solo país era *imposible*; pero fue así como se intentó hacerla. También cabe conceder que los marxistas de aquel entonces —al menos, en aquella España antifranquista— eran bastante fundamentalistas. Conocían más las promesas, totalmente supersticiosas y pseudocientíficas, de Marx, que sus análisis económicos, cosa que también ocurría entre sus enemigos. Y si alguien trataba de introducir un matiz, lo miraban ya como un infiltrado del bando contrario.

Aun así, aquella extensión y autoridad del marxismo debió ser leída como un signo de los tiempos, como podría suceder hoy con la aparición de las extremas derechas. Allí había *una crítica seria y certera a nuestras democracias*. Cuando Marx escribe que los derechos del hombre que propugna el capitalismo son “los derechos del hombre alienado”, tiene mucha razón.

Me permito por eso citar lo que escribí hace poco en otros lugares y donde esa deformación aparece más clara:

El escándalo mayor lo constituye para mí la prostitución de los sagrados derechos humanos, convertidos en canonización de deseos o caprichos propios, en lugar de normas de respeto a los demás. Evoquemos otra vez a Simone Weil, proclamando que una Declaración de los derechos humanos que no vaya acompañada de otra declaración de los deberes humanos, sería papel mojado. Y así está siendo.

Y continuaba con algunos ejemplos:

Ahí tenemos a tantos norteamericanos proclamando su derecho inviolable a tener armas: un derecho inviolable que rima en consonante con las frecuentes matanzas masivas (tantas veces de niños) en colegios y en otros centros. Ahí tenemos el derecho al Brexit de Gran Bretaña, fundado en una masturbación nacionalista de esas que dan tanto gusto, y que ha sumido al país en una de las mayores crisis de su historia. Y ahora veremos si Gran Bretaña reconoce ese supuesto derecho a Escocia (y lo de menos aquí es si Escocia reclama la independencia por el deseo de seguir perteneciendo a Europa, o por el afán de disponer ella sola de todo el petróleo del norte. Que de todo hay en la viña del Señor). Ahí tenemos a Israel considerando que tiene derecho a eliminar poco a poco a los palestinos, con una política de avance lento y sistemático, similar a la que usó Hitler con los judíos: como Hitler declaró hacia 1935 que los judíos no tenían derechos humanos, Israel declara hoy que los palestinos no tienen derechos humanos. Ahí tenemos a Putin considerando que la fractura del puente de Crimea es “un acto terrorista”, mientras que sus matanzas de civiles en Ucrania no lo son...

Y a todo eso cabría añadir cierta tendencia a que medidas excepcionales que hay que tomar para casos límite, se conviertan en normas válidas para todos los casos que cabría llamar “normales”: ya no es que la excepción confirma la regla, sino que la excepción se convierte en la regla. Por ejemplo, una cosa es la ayuda a los transexuales, sujetos de mucho sufrimiento y maltratos, que merecen un gran respeto, y otra cosa es que adolescentes de quince años tengan derecho a elegir su condición sexual.

Pero además de esta crítica al individualismo de nuestros derechos humanos, el diagnóstico económico de Marx conserva mucha validez, aunque su medicina pueda ser falsa o discutible. Ya dije que para mí es sencillamente supersticiosa, cosa indigna de un ateo. El innegable “fetichismo de la mercancía”; el reparto injusto de la riqueza, producida en favor solo del capital⁶, mientras que el trabajo es visto solo como un gasto de producción, que conviene abaratar, porque cuanto menos pagues al obrero que trabaja, más podrás pagar al accionista que no trabaja; la tendencia a los oligopolios⁷ y a las crisis frecuentes; la presencia decisiva de grupos de presión y la protección pseudorreligiosa de todas esas negatividades⁸..., son datos que están ahí por mucho que los neguemos.

Así como entonces se hablaba tanto del marxismo, nunca se hablaba de *El capital* —no leído por casi ninguno de los antimarxistas—, ni se discutía su análisis de nuestro sistema. El argumento decisivo era lo del “marxismo ateo”; un argumento que, curiosamente, no valía para Freud —se podía ser psicoanalista y cristiano, pero no marxista y cristiano—, ni para la visión evolucionista.

En resumen, aquel signo de los tiempos, no supimos leerlo. El cambio que se reclamaba no se produjo y mucho menos cuando la caída del este fue leída interesadamente no como la caída de una forma de socialismo, sino como el fin de todos los socialismos. La religión continuó siendo burguesa y la izquierda se hizo también burguesa, como hoy han mostrado los análisis de Thomas Piketty —aunque él habla de izquierda “brahmánica”⁹. Lo más que se hizo fue sustituir el nombre de economía capitalista por el de “economía de mercado”. Pero hoy,

-
6. En el capítulo 1 de *El capital*, Marx hace una parodia del Salmo 42 para retratar a los ricos: “como busca la cierva corrientes de agua, así el alma del burgués busca el dinero”.
 7. Más conocida es la otra cita que hace del Apocalipsis (13,17), donde se dice que a todos los que adoren a la Bestia, el capital en este caso, se les ponga una marca, “y que nadie pueda comprar o vender, sino quien lleve la marca de la Bestia”.
 8. Protección religiosa solo parcial, pero muchas veces oficial. *El Capital* es de 1867 y la primera encíclica social de un papa es de 1891.
 9. Repetidas veces en *Capital e ideología*. Parece aludir a una autoridad “sagrada”, pero falsa. Exactamente igual a la autoridad de lo burgués.

ese nombre está tan desacreditado, incluso casi más desacreditado, que el otro, como ahora luego veremos.

Un ejemplo de ese aburguesamiento de la izquierda lo tenemos en el cambio de muchas reivindicaciones. Hoy, la mayoría son de tipo sexual más que económico. Y no pretendo eliminar las primeras, sino que las primeras no eliminen a las segundas. Por supuesto, hay que escuchar a todos, pero antes de estos, a los que podemos y debemos escuchar, están *todos aquellos que ni siquiera pueden ser escuchados, porque no tienen voz*. Para un verdadero diálogo, hace falta alguien que sea la “voz de los sin voz”, como decía Mons. Romero.

Nada que objetar, pues, a demandas como el celibato opcional de los presbíteros o la revisión de la moral sexual; pero sí cabe desaprobado que esas demandas sean las primeras y casi las únicas, en lugar de ocupar un quinto o un sexto puesto, por detrás de otras, como que todo ese 40 por ciento de la humanidad, que está por debajo del umbral de la pobreza, salga de ahí y pueda comer, o que los casi dos millones de niños esclavos dejen de serlo, y que quienes han de hacer kilómetros diarios para buscar agua —y volver a hacerlos cargadas con ella— puedan beber mejor, y que las mujeres de Irán o Afganistán consigan al menos un mínimo de la dignidad que les corresponde como seres humanos, o que desaparezca esa plaga horrorosa de la trata de muchachas...

Todas estas estas reivindicaciones eran antes las propias de la izquierda. Hoy se habla de ellas y se trabaja por ellas mucho menos que antes y su lugar lo han ocupado las otras de tipo sexual. Y la presunta “liberación sexual” nos ha liberado, sin duda, de normativas obsesivas y angustiosas, pero nos ha vuelto más esclavos del sexo, por olvidar que la liberación sexual solo se consigue humanizando de veras la sexualidad y que, para eso, no basta con ponerle una etiqueta falsa de amor: porque solo el amor verdadero puede humanizar la sexualidad. Hemos olvidado que, en este campo, es decisivo el primer despertar sexual y cómo se cuaja en él: es un poco como el parto para el resto de la vida. Y esa es tarea de los padres, que no suelen estar demasiado capacitados para ella.

Pero, en fin, es ya muy viejo el refrán aquel de que “la jodienda no tiene enmienda” y no son tan viejas las quejas de un Lenin lamentándose de que no se podía cambiar el mundo con jóvenes obsesionados por el sexo¹⁰. Y aunque Lenin

10. “Aunque no tengo nada de asceta sombrío, la llamada nueva vida sexual de la juventud y a menudo de los adultos, me parece con frecuencia puramente burguesa; me parece una variedad de las respetables casas de tolerancia burguesas. Todo eso no tiene nada en común con la libertad de amar como la entendemos los comunistas [...]. A mi juicio, el exceso de vida sexual que se observa hoy con frecuencia, lejos de reportar alegría vital y optimismo, los disminuye” (*Carta a*

habla siempre de “me parece” y “a mi juicio”, ha sido tachado de “reprimido” por pensar así; igual que los millonarios suelen tachar de “envidiosos” a quienes propugnan o practican una vida sobria. Y luego de él, hacia 1968, la obra de Peter Weiss, conocida vulgarmente como “Marat-Sade”, concluía con aquella pregunta irónica: “¿qué sería en realidad una revolución sin una universal copulación?”¹¹. En el libro *Convivencia*¹², la cito como ejemplo de que “lo que más daño hace a las revoluciones no son aquellos que quieren combatirlas, sino aquellos que las usan para aprovecharse de ellas”. Y esto nos permite dar un paso más.

Hace ya muchos siglos, Agustín de Hipona, en sus *Confesiones*, se acusaba de que, cuando comenzó a interesarse por la justicia, lo hacía más por evitar las pequeñas injusticias que pudieran hacerle a él, que por las otras más grandes, que pudieran hacer a los demás¹³. Si se me permite decirlo de una manera provocadora: el célebre capítulo 25 de san Mateo, cuando habla del examen final de la humanidad, dice: “tuve *hambre*, tuve *sed*, estuve *desnudo*, fui *migrante*...”. Y cuando atendieron a esos —procurándoles comida o bebida, vestido o habitación—, “a Mí me lo hicieron”. Hoy parece a veces como si el Altísimo hubiera dicho: “tuve ganas de echar un polvo, y me llevaste a la cama” —y pido perdón otra vez si resulto cruel.

Las situaciones que cita san Mateo, parece que las hemos olvidado. La de acoger a los forasteros es la única que perdura en nuestros lenguajes, sencillamente, porque a los migrantes los tenemos encima y nos molestan. Los hambrientos, los sedientos y los desnudos no nos molestan. Y así, nuestro modo de actuar suscita muchas veces la sospecha de que creemos que los burgueses sí que tenemos derechos, pero que los pobres no los tienen —y eso, aunque sus derechos sean más importantes y más urgentes que los nuestros.

Si hemos conseguido describir con alguna exactitud los signos de ayer y nuestras respuestas de hoy, parece lógico que nos preguntemos un momento por sus causas. Vamos, pues, a intentarlo.

Inés Armand). La carta es de 1915, anterior, por tanto, a la revolución de 1917. *N. B.*: la carta es fácilmente accesible en Internet.

11. El título de la obra es *Persecución y asesinato de Jean P. Marat, representada por el grupo teatral de la casa de salud mental de Charenton, bajo la dirección del marqués de Sade*. Por eso, en otra ocasión, me referí a ella como *La victoria de Sade sobre Marat*...
12. J. I. González Faus, *Convivencia. Imperativo urgente para hoy*, pp. 175-176 (Madrid, 2021).
13. *Cfr.* A. de Hipona, *Confesiones*, V, 12, 22.

1.3. Causas de ese fracaso

La primera de todas puede ser *un progreso falso y unilateral*: un progreso notable y veloz, pero *montado sobre víctimas* y reducido solo a lo tecnológico. Lo primero ya lo aceptó Hegel, después de sorprenderse un poco por ello. Las víctimas son el precio de nuestro progreso, así como “Robespierre era inevitable en la revolución francesa”¹⁴. Y entre nosotros, recuerdo lo que me impactó hace años el comentario de una ministra del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) ante un accidente grave (creo que fue por Murcia), el cual produjo bastantes víctimas: “es el precio de nuestro progreso”.

Ya he dicho otras veces que las inmensas avenidas de nuestro progreso están como pavimentadas con cadáveres. Pero además, se trata de un progreso *solo tecnológico, y no humano*. Digo tecnológico, no científico. La ciencia puede ser neutral, la tecnología no lo es. La ciencia puede descubrir la fisión nuclear o las propiedades de ciertos minerales casi desconocidos. Pero es la tecnología la que usa esos descubrimientos para producir armas atómicas o telefonía móvil. No hay aquí ninguna novedad y ya encontrábamos esa misma crítica hace unos veinticuatro siglos, en un texto de Eurípides que no me he cansado de citar:

Oh, hombres, que poseéis muchos conocimientos en vano. ¿Por qué enseñáis innumerables técnicas y halláis salida para todo y lo descubriste todo, pero en cambio hay una sola cosa que no sabéis y no la habéis conquistado aún: enseñar la sensatez a los que no la poseen? (*Hipólito*, 916-920).

Si este reproche ya tenía vigencia con la escasa tecnología de hace veinticinco siglos, ¿qué deberíamos decir hoy?

La segunda causa es *un patriotismo patriarcal e imperialista*. He dicho también otras veces que el amor a la propia tierra se pervirtió cuando se la llamó “patria”, en vez de “matria”, evocando así la idea de poder y de fuerza más que la de cariño. Esta es una tentación constante —sobre todo, desde que van naciendo las naciones—, pero creo que mucho más exagerada en nuestra modernidad.

Fijémonos, dando ahora un pequeño paseo entre lo popular y lo poético. La “*dolça Catalunya pàtria del meu cor*” (la dulce Cataluña, patria de mi corazón)

14. Frase de M. Reyes Mate, en AA. VV., *Antes de que decline el día. Reflexiones filosóficas sobre otro mundo posible*, p. 48 (Barcelona, 2020). De ahí la crítica de W. Benjamin, citada también allí: “Benjamin denunciaba la complicidad entre progreso y fascismo, por la naturalidad con que uno y otro sacrifican lo que sea —individuos, comunidades o valores— para conseguir sus objetivos” (p. 15).

era, en tiempo de Amadeus Vives: “hermosa vall, bressol de ma infantesa, marges i rius, blancs Pirineus..., boscos i riberes” (hermoso valle, cuna de mi infancia, márgenes y ríos, blancos Pirineos..., bosques y riberas”. Todas referencias a la tierra. Hoy, esa dulzura parece estar en ser la sede del Mobile o en que el Barça gaste en un año 158 millones de euros en fichajes...

Madrid era querido antes por “Lavapiés, la gran vía alfombrada con claveles y un piropo retrechero más castizo que la calle de Alcalá”. Hoy vemos que el amor a Madrid está en quitar impuestos a los ricos, para que todos vayan allí¹⁵, en desconocer el dolor de La Cañada Real —donde una de las pancartas reza: “la luz no es un lujo, es un derecho”, mientras que para otros madrileños tener tres coches de lujo también es un derecho— y hasta en que la presidenta de la comunidad le cree problemas a Núñez Feijóo, olvidando aquellos versos ya viejos de Fernández de Andrada: “Ayuso, las esperanzas cortesanas, prisiones son do el ambicioso muere y donde al más astuto salen canas”.

Valencia era querida por “tus naranjos y tus flores de azahar” y por aquello de T. Llorente: “la blanca barraqueta valenciana s’amaga entre les flors”. Luego se arrancaron los naranjos y el arroz para construir bloques para turistas, en la orilla misma del mar, los cuales han quedado medio vacíos mientras destruían el paisaje. Siempre era la tierra lo amado; y a eso no hay nada que objetar, porque el amor a la madre nunca es competitivo. Hoy, en cambio, lo amable son las perspectivas financieras de cada patria.

Y nos dirán, despectivamente, que lo antiguo era “bucólico”. A lo que se puede responder que lo actual es “imperialismo camuflado”. Y que esa es la diferencia entre el patriarcalismo de una patria y el feminismo de una patria —y me extraña que las feministas no hayan insistido más en esto. O de manera aún más clara, se puede responder con la lógica imperturbable de Fichte, quien propone consecuentemente sustituir “humanidad” por “nacionalismo” para que nadie se llame a engaño. “El patriotismo no es compatible con la amistad, ni con el amor a la humanidad”¹⁶.

La tercera causa de nuestro fracaso y de la actual psicología de la decepción está en la pretensión de *convertir la tierra en un cielo*. Como resumen de este entuerto, recojo una frase citada otras veces y que creo que es de Josep Ramoneda: dejamos el cielo para convertir la tierra en un cielo y nos hemos quedado sin cielo y sin tierra.

15. Cosa que, curiosamente, también propuso Artur Más, para que una Catalunya independiente no quedara aislada; porque la pasta humana es la misma, tanto si te llaman Artur como si te llaman Isabel.

16. Citado por Reyes Mate, o. c., p. 32.

Siguiendo los senderos del punto anterior, déjese evocar aquí aquella canción tantas veces entonada en la Nicaragua de la asombrosa revolución sandinista, cuando todos se decían que los ojos del mundo estaban fijos en ella. Entonces, “nuestro pueblo es el dueño de su historia, arquitecto de su liberación”. Hoy, podemos cantar que “nuestro Ortega es el dueño de la historia, y arquitecto de nuestra opresión”. Entonces, “el amanecer dejó de ser una tentación” y toda la tierra “que nos dejaron los mártires y héroes” iba a estar, como la tierra bíblica, regada “por caudalosos ríos de leche y miel”. Hoy, en aquella Nicaragüita, el sobrevivir es lo que se ha convertido en tentación, en aquella tierra regada por otros ríos de prisioneros y de huidos. Y Nicaragua (Nicaragüita) es citada aquí solo como un ejemplo, que tiene carácter emblemático. Más humildemente, nosotros hemos pasado del grito “socialismo es libertad” a la imposibilidad de abolir la “ley mordaza”¹⁷.

Vistos esos ejemplos, debemos pasar a formulaciones más globales. Es un dato innegable y muy conocido que los hombres tenemos una tendencia “al cielo”, una aspiración a absolutos y un dinamismo indefinido, que siempre pide más y más y más. Las grandes preguntas humanas son si ese dinamismo es realizable en esta tierra, porque, de hecho, el único cielo proclamado como cercano es el del consumo inacabable y la reducción tan actual del ciudadano a consumidor. O, por otro lado, si su imposibilidad permite que se nos haya definido como “una pasión inútil” (Sartre). Lo cual está llevando a otra de las mayores expresiones de nuestro fracaso: la propuesta de algunos, cada vez más, de que “visto que no podemos adaptar las circunstancias al hombre, adaptemos el hombre a las circunstancias”. Cosa que hoy ya podemos hacer con la alianza entre la genética y lo digital. Pero también, y para quienes no admitan esa definición sartriana, aceptar que, aunque la tierra puede progresar y progresar, nunca llegará a ser un cielo, siempre nos sentiremos faltos de algo, y estamos, además, obligados a que ese progreso sea, a la vez, justo y humano.

El problema es que, si Dios no existe, el hombre es *el amo* de la tierra. Si existe Dios, el hombre solo es *el responsable* de la tierra, al menos para el cristianismo. Y es cierto que, aun sin creer en Dios, el hombre podría intentar comportarse responsablemente. Pero eso supondría vivir a gran profundidad, porque lo más espontáneo y superficial de nosotros, es lo más empecatado. Y la sociedad de consumo nos liga a lo superficial. Por aquí podemos acercarnos a un diagnóstico más hondo.

17. Puedo remitir también al artículo “Rajoy: lo que va de ayer a hoy”, publicado en *La Vanguardia* (5 de marzo de 2018) y que, según mis sospechas no confirmadas, es el que me costó ser despedido de las páginas de opinión de ese diario. Pero sé que, en estos momentos, tampoco los periódicos son totalmente dueños de sí mismos, porque quien manda son los poderes económicos.

1.4. “La madre del cordero”

Estas tres grandes cataratas del desengaño nacen de un inmenso filón de *injusticia*, de *inhumanidad* y de *irracionalidad*, tres características que se corresponden más o menos con las tres causas antes analizadas. Y la fuente de ese filón es sencillamente el sistema económico capitalista.

La palabra “capital” se usa poco hoy, porque suena demasiado a ambición y prepotencia. Cuando comenzaba a difundirse ese descrédito, se intentó hablar del “capitalismo democrático” (M. Novak). Pero los hechos fueron poniendo de relieve que ese era solo un adjetivo salvador como el que se ponían otras dictaduras —por ejemplo, la “democracia orgánica” del franquismo o la “república democrática” de la antigua Deutsche Demokratische Republik. Hoy aparece cada vez más claro que en nuestras democracias capitalistas, quienes mandan no son los gobiernos elegidos, sino los poderes económicos escondidos. Lula ya dijo durante su anterior presidencia que él tenía “el gobierno, pero no el poder”. Estos días, andan diciéndonos los analistas que buena parte del “no” a la nueva Constitución chilena ha venido provocada por la prensa, toda ella en manos del capital privado¹⁸. Y el lenguaje directo de Francisco sobre la “economía que mata” y la cultura “del descarte”, ha generado una fuerte corriente contra él, que busca desacreditar a la Iglesia católica en otros campos más sensacionalistas, para que no se la escuche en el económico.

Acabamos de decir en una nota que en nuestras presuntas democracias hodiernas, el verdadero poder no lo tienen los políticos, sino unas fuerzas económicas anónimas. Por eso, no estará de más recordar que ya Aristóteles enseñaba que la política tiene que ver con el hecho de que en la sociedad hay dos clases enfrentadas: los ricos y los pobres¹⁹. Y que uno de nuestros grandes economistas comienza una obra clásica afirmando que “el asunto de la distribución de la riqueza es demasiado importante como para dejarlo en manos de los economistas”²⁰. En cualquier caso, desde hace ya algún tiempo, la palabra capitalismo parece estar siendo sustituida, primero por la expresión “neoliberalismo” y poco después por la de “economía de mercado”. Esa economía supuestamente de mercado es la que convendría analizar ahora un poco más.

18. Ver *Le Monde Diplomatique*, octubre de 2022, pp. 18-19.

19. *Política*, 1318^a.

20. T. Piketty, *El capital en el siglo XXI*, p. 16 (Madrid, 2014). La razón de eso, la cual atraviesa toda la obra, es que, de lo contrario, el mundo lleva una dinámica que irá produciendo unos pocos ricos cada vez más ricos y masas de pobres cada vez más pobres. Lo mismo dijo Juan Pablo II, en Puebla, en 1979: “ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres”.

La imagen idílica del mercado está tomada de escenas antiguas de dimensiones reducidas, donde el comprador y el vendedor se conocían, dialogaban a veces y llegaban a un precio satisfactorio para los dos. Por supuesto, aún quedan algunas pequeñas tiendas de esas, pero, sobre todo en las grandes ciudades y los núcleos más poblados, han sido sustituidas por grandes almacenes, donde los precios están ya fijos y el vendedor no es el propietario del negocio, sino una empleada con la que no cabe diálogo alguno. El propietario de aquel “mercado” puede ser una sociedad más que una persona, está a kilómetros de distancia, y en la fijación de los precios ha jugado un papel importante la mentira camuflada de eso que se llama “publicidad”, palabra que suena mucho mejor que propaganda, aunque esta sea más veraz, y que ahora sustituye al antiguo diálogo. Nuestra presunta economía de mercado ha pasado a ser en realidad una *economía de engaño*, amparando su disfraz en la pasión consumista del ciudadano actual y en la gran facilidad de encontrar todo en una misma tienda, sin necesidad de ir a otra.

Además de eso, se habla de economía *de* mercado, no de economía *con* mercado. Una parte de lo económico se erige en el todo, y el mercado pasa a ocupar así la mayoría de las relaciones sociales, que se han convertido en relaciones mercantiles. La sociedad se transforma en un gran mercado, donde las apelaciones a la fraternidad o a otros valores humanos pueden recibir la respuesta de que “esas no son consideraciones mercantiles”.

A estas deformaciones se las edulcora con supersticiones bucólicas: el mercado “sabe distribuir”, el mercado tiene una “mano invisible”, que hace que siempre resulte lo mejor para todos... Esa “mano invisible” (Adam Smith) era antaño el rostro bien visible del comprador y del vendedor, que podían dialogar, desde el interés de cada uno de ellos, para que el otro quedase contento. Como acabo de decir, esos rostros visibles ya no se dan y el diálogo es sustituido por la publicidad²¹. Estas supersticiones son fomentadas por economistas que quizás han recibido un premio del Banco de Suecia para que hablen así y que, por la fecha en que se concede, se nos presenta como un “premio Nobel de economía”, cuando ese Nobel no existe, ni ha existido nunca²².

21. Me permito remitir al capítulo 11 (“El mito del mercado integrador”), de J. I. González Faus, *Fe en Dios y construcción de la historia*, pp. 209-228 (Madrid, 1998).

22. Véase J. Torres López, *Econofakes. Las diez grandes mentiras económicas de nuestro tiempo* (Bilbao, 2021). La segunda de ellas es la del Nobel de economía, que nunca ha existido.

Esa sacralización del mercado llega a tal punto, que se ha podido hablar de una “teología del mercado”. Cristianisme i Justícia publicó hace ya varios años un importante Cuaderno titulado *Las falacias religiosas del mercado*²³.

La auténtica verdad tras todos esos sofismas es que se produce principalmente *para aquellos que pueden pagar*. Y esos que pueden pagar están más interesados en adquirir lujos superfluos, porque las necesidades elementales ya las tienen cubiertas de sobra. De ahí deriva un aumento creciente de las diferencias entre los seres humanos, que va dividiendo a la humanidad en dos grupos adjetivables como “inhumanos e infrahumanos”, expresiones tomadas de san Juan Crisóstomo. Quiero decir, 3,100 millones de personas, un 40 por ciento de la población mundial, están en riesgo de pasar hambre, según Manos Unidas; y unos 70 millones, el 1 por ciento, son los que se embolsan el 80 por ciento de la riqueza producida en el mundo, según datos de Oxfam. Sus fortunas sobrepasan a veces las decenas de miles de millones de dólares, sobre todo, en activos no cotizados y capital inmobiliario.

Esta es la verdad del mercado *de hoy*, no del de hace cuatro siglos. Este es el nuevo traje que ha querido ponerse el capitalismo y que nos permite decir como al niño del cuento: “el rey va desnudo”. Eso solo lo podía decir un niño, mientras que todos los demás, por miedo a quedar mal, alababan la belleza del vestido del rey. Y es que el fin último del sistema es la búsqueda del máximo beneficio y prácticamente todos los medios justifican ese fin.

No es de extrañar por eso que muchas feministas, después de las advertencias de Nancy Fraser, hayan descubierto las “relaciones entre capitalismo y patriarcado” (Laura Mora) y estén contribuyendo a desenmascarar esa mentira económica en la que vivimos y que, a mi modo de ver, está en la raíz de nuestro fracaso²⁴. Es similar a la figura que los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio

23. H. Assman, Cristianisme i Justícia, Cuaderno 76.

24. Remito a los artículos de Nancy Fraser, “El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia”, y de Cristina Carrasco, “La economía feminista: una apuesta por otra economía”. Esta autora es también la editora del libro *Economía feminista: desafíos, propuestas, alianzas* (Barcelona, 2017). Además, Amalia Pérez Orozco, *Subversión feminista de la economía* (Madrid, 2014). Cambiando de sexo, me han sido muy útiles los libros de Torres López, citado en la nota 22, y de J. Ziegler, *El capitalismo explicado a los jóvenes* (Madrid, 2021). Ambos autores contribuyen al empeño de poner la economía “al alcance de todos los españoles”, como el nodo de la época franquista, para que deje de ser un huerto cerrado al que solo tienen acceso unos sabios sacerdotes.

califican de “segundo binario” (o segunda clase de hombres)²⁵: pusimos todos los medios menos el que había que poner.

Por supuesto, no todo está perdido. Siguen en pie Oxfam, Manos Unidas, algunas de las feministas citadas... Pero la sensación innegable es que hoy no nadamos con la corriente a favor, sino con la corriente en contra. La pregunta de cómo sacar fuerzas para seguir luchando se vuelve más acuciante. Y eso parece llevarnos a una segunda parte, que creo debe llamarse *de la espiritualidad*, por paradójico que pueda resultar a algunos. Y por mi condición concreta, va a ser de espiritualidad cristiana. Los sistemas no son malos por sí mismos, sino por las personas que los construyen o los manejan. Por eso, tras el análisis anterior, creo necesario remontarnos, para concluir, a una frase sencilla y tremenda del Nuevo Testamento: “la raíz de todos los males es la pasión por el dinero” (1 Tm 6,10).

2. La visión cristiana de la historia

Con rigor teológico, y aunque el cristianismo no es propiamente una “religión”, sino una fe, ateniéndonos al lenguaje popular —y sin necesidad de discutir ahora con Karl Barth—, podemos decir que el cristianismo es *una religión de la historia*. No simplemente una religión de la intimidad personal, ni una religión de la naturaleza, aunque estas experiencias estén también incluidas en lo cristiano.

Esto es importante, porque nos lleva a que la frase negativa que cerró la sección anterior debe ser completada por otra, también del Nuevo Testamento y que habla más en positivo: “si hago la revolución y no tengo amor, no sirve de nada” (1 Cor 13).

Esta advertencia paulina, si la cumpliéramos, convierte a la fe cristiana en “el corazón de un mundo sin corazón”²⁶. Y san Vicente de Paúl puede ayudar a concretarla, cuando nos dice que “no hay otro modo de amar a Dios más que amar lo que Él ama”. Luego, el concilio Vaticano II ratificó ese amor, afirmando que “el cristiano que descuida sus deberes temporales, deberes para con sus prójimos, desoye a Dios y pone en peligro su propia salvación” (LG 43).

25. I. de Loyola, *Ejercicios espirituales* 154: “el segundo quiere quitar el afecto, mas así le quiere quitar lo que quede con la cosa adquirida”. Y esa cosa adquirida es, precisamente, dinero.

26. Recuperamos así la célebre frase de K. Marx sobre la religión, en su crítica a la *Filosofía del derecho*, de Hegel, dándole su sentido positivo y no el negativo que Marx quiso darle.

De estos principios pueden derivarse diversas formas de espiritualidad. La primera es *una espiritualidad mundana*, porque “Dios ama tanto al mundo, que le envió a su Hijo, no para condenar al mundo, sino para salvarlo” (Jn 3,16-17). Ese mundo amado por Dios es el mundo contrario a Dios, un mundo que no lo ha conocido (Jn 1,10). Por eso, se trata de trabajar por el mundo, sin ser del mundo. Desde aquí debemos afirmar la radical horizontalidad del cristianismo, frente a todos los verticalismos religiosos. Pero, como ya he dicho otras veces, una horizontalidad que no *sustituye* lo vertical, sino que *se sustenta* en lo vertical. El progresismo cristiano se fundamenta en la “dignidad absoluta”, que la encarnación de Dios otorga al ser humano. Por eso, se dirige primariamente a aquellos a los que cita el capítulo 25 de san Mateo: los hambrientos, los sedientos, los desnudos, los enfermos, los sin techo y los prisioneros.

Aquí cabe decir que el cristianismo necesita hoy, más que teólogos, auténticos mistagogos: maestros capaces de iniciar en esa experiencia de encuentro con el Dios Amor-anonadado, que me sale al encuentro, en el pobre o el enfermo, como suplicante y como valedor del que me necesita. Y que me lleva a palpar que, efectivamente y más allá de los posibles resultados, exitosos o decepcionantes, “va Dios mismo en nuestro mismo caminar”, como cantaba una vieja canción castellana: en mi acogida y mi atención a ellos.

Antaño existía una práctica devocional que solía llamarse “reparación”. Por desgracia, y desde la obsesión sexual de aquella moral, esa reparación quedaba reducida a “la inmodestia en el vestir” y otras frases semejantes. Pensemos en cambio qué calidad y qué fuerza puede tener una plegaria cotidiana que se comprometa a tratar aquel día a todos con el mayor respeto y dignidad posibles, para reparar la opresión del hombre sobre el hombre, tan presente todavía en muchas relaciones humanas.

La segunda es *una espiritualidad del autoconocimiento interior y de las increíbles posibilidades humanas de autoengaño*. El maestro Freud nos enseñó antaño que el ser humano actúa movido mucho más por motivaciones que le son inconscientes, que por aquellas que él mismo conoce y programa. No es cierto, sin embargo, que todas esas motivaciones sean siempre de índole sexual, tal como parece sugerir Freud. A fin de cuentas, tanto el sexo como el dinero no son metas últimas, sino los medios más útiles para la autoafirmación y el reconocimiento del propio ego que Nietzsche calificaba como “voluntad de poder” y Pablo de Tarso, como necesidad de justificación.

Uno de los grandes testigos de la espiritualidad en el siglo XX, la neerlandesa judía Etty Hillesum, quien, durante la persecución nazi, encontró a Dios de una manera sorprendente y murió en Auschwitz a los veintiocho años, cuenta en su diario que su evolución comenzó por una práctica que ella misma llama

—y se propone como tarea— “*escucharse a sí misma*”. En un momento del comienzo de su diario, se describe sentada en el suelo, arrimada a la pared con las rodillas a la altura del rostro; reclina la cara sobre esas rodillas, cierra los ojos y se escucha. Aquello se convierte en algo tan importante, que, aunque escribe en neerlandés, recurre, para denominarlo, a una palabra alemana muy expresiva: *hineinhören*, escuchar hacia dentro²⁷. Da lo mismo que hablemos de escuchar que de mirar hacia dentro. Lo importante es que en ese ejercicio, lo más profundo de nosotros mismos acaba saliendo a la superficie y “nos habla”. Y se atisban motivaciones, posibles o reales, de nuestras conductas, que nuestro ego había procurado ignorar. Etty fue descubriendo así lo peor y lo mejor de sí misma: las increíbles dimensiones de su ego, pero también las increíbles posibilidades positivas de su persona, tan increíbles, que es en ellas donde descubrió a Dios.

La tercera es una *espiritualidad de la propia impotencia y la propia debilidad*. Impotencia y debilidad que impiden sentirse salvadores o redentores de nadie, ni superiores a nadie. La impotencia y la debilidad nos remiten totalmente a la ayuda del Espíritu y al perdón de Dios. Nos impulsan a trabajar y a comprometernos, no para ser alguien, ni para hacer “algo”, sino porque creemos en el amor de Dios y nos sentimos impelidos a responder a ese amor, amando lo que Dios más ama. De este modo, la liberación de uno mismo se convierte en una liberación para los demás²⁸.

Estas experiencias generan un sentimiento de responsabilidad que no olvida el aviso de Jesús: atención, no sea que “los de fuera” vengan a “sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob” antes que ustedes. Como recuerda Francisco: nada en la Iglesia se hace por poder, ni aunque se tenga lo que llaman potestad, ni por superioridad sobre los demás (EG 104).

La cuarta es una *espiritualidad del progreso reformado*. Que el cristianismo es un imperativo de progreso lo afirmaba ya san Ireneo en el siglo II: “Dios creó al hombre para que fuera desarrollándose y creciendo (*in augmentum et incrementum*, AH IV, 11,1). Pero eso no significa que cualquier progreso es auténtico. Lo será cuanto más humano y más universal sea. Hoy en día, esto significa acabar con toda la serie de condenados de la tierra o de víctimas de nuestra historia y de nuestro modo de progresar. Acabar al menos en la medida en que esa situación sea culpa nuestra, y ayudar cuando pueda ser obra de ellos mismos.

27. Cfr. 23 de agosto, 4 y 5 de septiembre y 12 de diciembre de 1941, y 20 de febrero de 1942.

28. Tratadas extensamente en los capítulos 3 y 4 de J. I. González Faus, *Plenitud humana. Reflexiones sobre la bondad* (Santander, 2022).

Y desde ahí se vuelve muy discutible eso que llamé en otra ocasión “el imperativo tecnológico”: cuando una cosa puede hacerse, se hace sin más, sin atender a las consecuencias humanas que pueda tener. Urge sustituir ese imperativo por uno humano: cuando millones de personas se ven privadas de alimento, vivienda, educación y dignidad, hay un imperativo categórico de acabar cuanto antes con esa situación e impedir que se repita. Nada hay más sagrado que eso. Jesús decía que esas personas “no pueden esperar” (Lc 13,10ss)²⁹. J. Ziegler escribió que si un niño muere hoy de hambre, no es una desgracia, sino un asesinato. El estúpido grito “vicios privados, virtudes públicas”, fundamento del capitalismo, ha acabado por mostrar su verdad: vicios privados, desastre público. Y ahí tenemos el desastre del planeta.

Y será también muy discutible un progreso reclamado *solo para mí y los míos* y negado a los otros; un progreso inquisitorial, que cuelgue fácilmente sambenitos cuando algo nos molesta.

Por poner otro ejemplo reciente. Uno de nuestros mayores reclamos de progreso es la libertad de expresión. ¡Hasta qué punto la defendemos! Pero, ¿solo para mí y los míos? Pues la ex presidenta de Irlanda acaba de pedir a la Iglesia que retire un texto de Tertuliano del portal del dicasterio romano para laicos y familias. Por supuesto, el texto de Tertuliano es bastante desafortunado, unilateral o como se quiera calificar; y no sé si el citado dicasterio anduvo muy acertado, al colgar una de sus bravatas unilaterales y antifeministas. En esto tiene razón la expresidenta. Pero reclamar su desaparición, reduce la libertad de expresión a que yo pueda decir lo que me da la gana, no que otros puedan decir algo que a mí no me gusta o me molesta —quizá con plena razón. Esa es la pasta humana en el siglo I, en el siglo XVI y en el siglo XXI. Nos creemos muy superiores a los inquisidores del pasado, pero somos como ellos.

Cuando los cristianos obtuvieron la libertad, en el siglo IV, se dedicaron a destruir todos los escritos de los romanos y los griegos contra el cristianismo. Hoy lamentamos no poseer aquellos textos, porque nos serían muy útiles³⁰. En los siglos de la inquisición, alguien dijo que, más que quemar los libros, lo que había que hacer era escribir otros respondiéndoles... Porque *nada hay más contrario a un auténtico “acto” de fe*, que un “auto” de fe. Pero todos tenemos nuestros absolutos, que deformamos sin quererlo, al hacerlos *nuestros*,

29. A una hija de Abraham que lleva dieciocho años paralítica, ¿no es lógico desatarla aunque sea en día de precepto? (Lc 13,16).

30. Por ejemplo, lo que se conserva de Celso, porque Orígenes lo cita en su obra contra él, permite comprender lo que molestaba o escandalizaba del cristianismo a la mentalidad pagana.

y cuando alguien nos los toca, la rabia y el miedo nos llevan a eliminar, en vez de responder.

Tertuliano es un hombre al que la Iglesia debe mucho, pese a su carácter intolerante y agresivo, que lo hizo acabar mal. La expresidenta podría tranquilizarse, recordando dos sencillos refranes. El primero creo que es de Cicerón: “no es posible imaginar algo tan absurdo que no lo haya dicho algún filósofo”³¹. A veces me lo retraduzco así: no cabe imaginar una actitud tan conservadora, que no la haya tenido algún progre. Y el segundo viene a decir que no existe el error absoluto: en todas las falsedades siempre hay algo de verdad, que conviene rescatar. Esta es una de las lecciones de la historia que no conseguimos aprender. No se trata, pues, de progresar, sino de hacerlo bien. Un progreso no construido sobre víctimas, ni solo tecnológico, ni solo para mí y los míos.

La quinta forma es *una espiritualidad de comunión con la naturaleza*. La naturaleza nos da siempre una expresión de fidelidad. Sartre leía esa presencia constante y muda como un exhibicionismo y una expresión de obscenidad. Una lectura que depende más del lector que de lo leído y que justifica una actitud de desprecio o abuso de la naturaleza. Pero ese encuentro cotidiano con árboles y plantas puede ser también un mensaje de fidelidad: están ahí siempre disponibles, siempre esperando el encuentro, pero sin imponerlo. Y eso que, por experiencias de otros momentos excepcionales, la naturaleza es más fuerte que nosotros: puede ser demoleadora y, como formuló una vez Francisco: “Dios perdona siempre, la naturaleza no perdona nunca”.

Además, la comunión con la naturaleza nos transmite silenciosamente el mensaje de nuestra pequeñez. Ante la inmensidad del desierto o la del mar, ante la capacidad de renacer y rebrotar lo que parecía definitivamente seco, ante la oferta gratuita de su belleza y de sus frutos, el hombre se puede sentir, a la vez, pequeño y acogido; y fácilmente puede brotarnos aquella que es una de las plegarias más bellas de todo el salterio: “Señor, no quiero que mi corazón sea ambicioso, ni mis ojos altaneros; no quiero pretender grandezas que superan mi capacidad, sino acallar y moderar mis deseos como un niño en brazos de su madre”³². El lógico empeño budista por eliminar al ego, puede resultar más fácil desde esta experiencia de comunión con la naturaleza, que desde el puro esfuerzo ascético.

31. *Nihil tan absurdum fingi potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum.*

32. El original hebreo, todavía un poco pretencioso, dice “no es” o “no pretendo”, en lugar de no quiero ser. Y según me explicó una gran amiga biblista, el verbo que habla de los deseos moderados designa al bebé cuando ha acabado de mamar. Fina observación.

La sexta es *una espiritualidad no del optimismo, sino de la esperanza*. El puro optimismo se acaba cuando las cosas van mal, la esperanza no: sabe que siempre es posible hacer algo, o aprender algo del pasado. Dije otra vez que nadie hay, a la vez, más pesimista y más optimista sobre el ser humano que el cristianismo. Jesús, desde su pesimismo lúcido sobre los hombres, se atreve a pedirles más que nadie: nos llama simplemente “malos” (Lc 11,13), y el cuarto evangelio dice que no se fiaba del entusiasmo desatado, “porque sabía lo que hay en el hombre” (Jn 2,25). Pero ese mismo Jesús nos invita a ser “buenos del todo como el Padre Celestial” (Mt 5,48), a poner todo lo que tenemos a disposición de los pobres (Mc 10,21), a dar la vida por los amigos (Jn 15,13) e incluso a volvernos “eunucos por el reinado de Dios” (Mt 19,12). Y a pesar del enorme optimismo de su anuncio —el reinado de la libertad y de la fraternidad al alcance nuestro—, nunca habla de victorias aparatosas. Habla más bien del trabajo de la semilla pequeña, que acaba creciendo más que las otras, y de la levadura que fermenta toda una masa inerte (Mt 13,31-33).

Por eso, cada generación podrá disfrutar, y deberá agradecer, el progreso de las generaciones pasadas, sin sentirse superior a ellas; pero deberá saber también que el progreso que ella intenta crear es para las generaciones futuras: sin pretender atesorar para sí (Lc 12,21) o para “entrar ella en la tierra prometida”. Recordemos que Moisés, el liberador y conductor del pueblo oprimido, supo llevarlo hasta la tierra prometida, pero él ya no pudo entrar en ella.

La séptima forma es *una espiritualidad del Crucificado*. Por extraño que pueda parecer, hay que contar con la posibilidad de que la espiritualidad anterior desate una conflictividad inesperada o un desprecio de quienes, como dice san Lucas, “eran amantes del dinero” (16,14). Y si se tratara solo de una burla, importa poco. Pero puede suceder también que, como ocurrió con Jesús, lleve a la necesidad de hacerlo desaparecer y, además, de una manera ejemplar. Y como Dios no elimina a los malos, sino que sigue respetando su libertad, eso puede provocar incluso duras experiencias de “abandono de Dios” (Mc 15,34). Será entonces el momento de, como he explicado otras veces, saltar desde ese aparente abandono hasta “las manos del Padre” (Lc 23,46). Ese salto es el que, a la vez, permite recuperar y fundamentar toda la lucha anterior, sin que ninguna derrota pueda ser definitiva.

La espiritualidad cristiana ha de contar con la persecución, pero con una persecución que haya sido provocada por nuestra fidelidad al evangelio y no por nuestra infidelidad a él, tal como le ha ocurrido muchas veces a la Iglesia. Aunque suene duro, el cristiano debe saber que el camino del progreso muchas veces puede ser el camino del Calvario: no por una absurda mitificación del sufrimiento, que Dios no quiere, sino por la resistencia satánica del dios dinero.

La octava forma es una *espiritualidad de la fraternidad universal*. No se trata de una fraternidad universal abstracta, sino con todas esas personas concretas, que no son ideales, como tampoco lo soy yo. Como sugería Pablo a los filipenses (2,1-2), las experiencias positivas de relación —la amistad, la familia, el amor y el pueblo— no deben servir para encerrarnos en ellas, porque entonces degeneraríamos en un gueto, sino para abrirnos a otras relaciones más costosas o más difíciles. En la *común*-idad cristiana, lo común es Jesucristo, quien *como Jesús*, como maestro, convierte el mandamiento del amor en mandamiento nuevo, porque deja de ser un precepto más y pasa a ser el resumen de todos. Y *como Cristo*, nos recapitula a todos y se convierte en la matriz de nuestra fraternidad.

Se trata, por eso, de una fraternidad “de las diferencias”. Entre los hermanos de carne de una misma familia, hay muchos lazos comunes y la mayoría de las peleas suelen producirse por el dinero. Entre los seres humanos, las diversidades son mucho mayores —por origen, raza, religión, cultura o lengua— y la fraternidad es mucho más difícil. Pero a ella deben sentirse obligados los cristianos más que nadie, si quieren ser dignos de ese nombre. Y sabiendo que esa fraternidad universal es más un camino que una meta.

Es aquí donde puede tener su lugar el difícil mandamiento jesuánico de amar a los enemigos. Las diferencias humanas pueden ser a veces muy serias, los psicólogos reconocen que pueden darse temperamentos incompatibles, las heridas que podemos infringirnos pueden ser a veces muy profundas. Y las reacciones de exclusión y de odio, que estos datos pueden suscitar, son harto comprensibles. Pero aquí brota le lección de este último apartado: *el enemigo es también mi hermano*.

Cómo digerir y hacer actuar ese principio, es problema que queda para análisis y acompañamientos posteriores. Pero lo que no cabe en una espiritualidad cristiana es aquella frase bíblica tan humana, y tan religiosa: “los odio con odio implacable, los tengo por enemigos”³³. Esa frase no se justifica cristianamente, ni aunque se trate no de los enemigos propios, sino de los enemigos de Dios, porque el mismo Dios no se comporta así con ellos. En lugar de esa frase, queda el perdón, esa palabra tan difícil y tan casi exclusivamente cristiana.

Porque, en realidad, somos todos unos perdonados. Y el que se crea sin pecado, que tire la primera piedra.

33. Salmo 139,22. Lógicamente, la Iglesia excluyó esa frase en el rezo del salmo.

3. A modo de conclusión

A lo mejor, un resumen de toda esa espiritualidad, válido tanto para creyentes como para no creyentes, sería esta parodia de una enseñanza de Jesús: “no pueden servir al hombre y al dinero”, o no pueden servir *al progreso y al dinero*. Reaparecen aquí las frases de 1 Timoteo 6-10, que habla del dinero y encabeza la primera parte de este escrito, y la de 1 Corintios 13, que habla del amor y figura al comienzo de la segunda parte. El dilema será, entonces, *progreso de la riqueza o progreso del amor*.

Y, por supuesto, el dinero es absolutamente necesario. Pero es necesario como el agua: *indispensable, pero limitado en su necesidad*. A partir de ciertas dosis, el agua, en lugar de dar vida, nos infla o nos ahoga. Por eso, el cristianismo enseña que, a partir de cierta dosis de dignidad y sobriedad, todo lo demás que se posee es un robo, porque lo necesitan otros. Un progreso hecho para el dinero y desde la óptica del dinero, acabará siempre en un fracaso absoluto, pese a algunos éxitos iniciales.

Si queremos, pues, enmendar nuestro fracaso, debemos retomar la sencilla frase de Ignacio Ellacuría: “nuestro mundo solo tiene solución en una civilización de la sobriedad compartida”³⁴. Y, por tanto, se trata de acabar con los ricos, ¡no como personas, sino como ricos!, como única salida para la humanidad. Eso nadie se atreve a decirlo así, pero muchos adivinan que ha de ser así.

Todo eso implica una difícil dialéctica, porque a Dios hay que acercarse siempre con infinito respeto y con infinita confianza, sin pretender que dispone-mos de Él, pero sin perder la confianza en Él.

34. Como ya sabrán muchos, Ellacuría habló de una civilización “de la pobreza”. Pero la pobreza es una palabra ambigua, porque puede significar necesidad o sobriedad. Y, evidentemente, Ellacuría se refería a lo segundo. La excusa farisaica de una civilización de la riqueza para todos es engañosa, porque eso supondría la destrucción total del planeta, que, en estos momentos, ya no puede reintegrar anualmente lo que nosotros degradamos cada año.

Apéndice

Breve antología de textos sobre el dinero en la historia humana

Terminábamos la primera parte con la dura, y lúcida, cita del Nuevo Testamento: “la raíz de todos los males es la pasión por el dinero”, que algo en nuestro fondo se niega a aceptar. Y terminamos la segunda con una exhortación a la sobriedad universal, que puede encontrar el mismo rechazo. Por eso, puede ser bueno recoger, como apéndice, algunos testimonios de toda la historia humana, que muestran que no se trata de una verdad exclusivamente “religiosa”, sino de una constatación “laica” y simplemente humana. Convencidos de que todo lo auténticamente humano es ya germinalmente cristiano y de que todo lo auténticamente cristiano es plenitud de lo humano.

De todas las instituciones humanas, ninguna ha hecho tanto daño a los hombres como el dinero. Él devasta las ciudades, echa a los hombres de sus hogares, él seduce a las almas virtuosas y las incita a acciones innobles. El dinero es el que, en todas las épocas, ha hecho cometer a los hombres todas las perfidias y les enseñó la práctica de todas las impiedades (Sófocles, *Antígona*, Acto I).

* * *

Hambre sagrada del oro: ¡a qué cosas obligas a los mortales! (Virgilio, *Eneida*, III, 5: 6: *Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis!*)

* * *

Busca ante todo el dinero; la virtud después de las monedas (Horacio, *Epístola*, I, 1,53: *Quaerenda pecunia primum est. Virtus post nummos*).

* * *

Debería excluirse de la ciudad a todos los pobres y mendigos (Platón, *República*, 552, d).

* * *

Tus tierras son solo tuyas, tus monedas solo tuyas
 Tus vasijas y tu oro, Cándido, son solo tuyos...
 Los vinos másicos y cécubos de Opimio [Rioja y Jerez] son solo tuyos

Tu corazón solo tuyo, solo tuyo es tu talento.
 Todo lo tienes tú solo, Cándido, no te lo niego.
 Pero tu esposa la compartes con el pueblo³⁵
 (Marcial, *Epigramas*, III, 26).

* * *

Hace mucho el dinero, mucho se le ha de amar / al torpe hace discreto
 y hombre de respetar / Hace correr al cojo y al mudo le hace hablar / y
 quien no tiene manos bien lo quiere tomar [...]. También al hombre necio
 y rudo labrador / dineros le convierten en hidalgo doctor / Cuanto más
 rico es uno más grande es su valor / quien no tiene dinero no es de sí
 señor.

Y si tienes dinero tendrás consolación / placeres y alegrías y del papa
 ración / comprarás paraíso, ganarás salvación / donde hay mucho dinero
 hay mucha bendición [...].

Él crea los priores, los obispos, abades / arzobispos, doctores, patriarcas,
 potestades / a los clérigos necios da muchas dignidades / de verdad hace
 mentiras, de mentiras verdades [...]. Él hace muchos clérigos y muchos
 ordenados / muchos monjes y monjas, religiosos sagrados / el dinero les
 da por bien examinados, / a los pobres les dice que no son ilustrados.

He visto a muchos curas en sus predicaciones / despreciar al dinero,
 también sus tentaciones, / pero al fin por dinero otorgan los perdones /
 absuelven los ayunos y ofrecen oraciones [...]. Dicen frailes y clérigos
 que aman a Dios servir / más si huelen que el rico está para morir / y
 oyen que su dinero empieza a retiñir / por quién ha de cogerlo empiezan
 a reñir.

En resumen lo digo, entiéndelo mejor / el dinero es del mundo el gran
 agitador / hace señor al siervo y siervo hace al señor / Toda cosa del siglo
 se hace por su amor (Arcipreste de Hita, *Libro del buen amor*, 490-527).

* * *

35. *Praedia solus habes, et solus Candide nummos / Aurea solus habes, mussina solus habes.*
Massica solus habes et opimi caecuba solus / Et cor solus habes, solus et ingenium.
Omnia solus habes nec me, puta, velle negare. / Uxorem sed habes, Candide, cum populo.

Mejor sueño duerme el pobre que no el que tiene que guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor ha de dejar. Mi amigo no será simulado y el del rico sí. Yo soy querido por mi persona, el rico por su hacienda. Nunca oye verdad, todos le hablan lisonjas a sabor de su paladar [...]. Las riquezas no hacen rico, mas ocupado, no hacen señor, sino mayordomo. Más son los poseídos de las riquezas que no los que las poseen. A muchos trajo la muerte, a todos quita el placer; y a las buenas costumbres ninguna cosa es más contraria [Sus hijos y nietos] no rezan otra oración sino rogar a Dios que le saque de en medio de ellos; no ven la hora de tener a él so la tierra y lo suyo entre sus manos y darle a poca costa morada para siempre (Fernando de Rojas, *La Celestina*, Acto IV, habla Celestina).

Que sobre dinero no hay amistad (*Ibid.*, Acto 12, habla Pármeno, criado de Calisto).

Adquiriendo crece la codicia, y la pobreza codiciando; ninguna cosa hace pobre al avariento sino la riqueza. ¡Oh, Dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia! (*Ibid.*, Acto 12, habla Sempronio, criado de Calisto, sobre Celestina).

Aquel metal que mientras más hablemos de ello más sed nos pone, con sacrílega hambre (*Ibid.*, Acto 15, habla Elicia).

Los tres últimos textos muestran cómo Celestina cae en lo mismo que había criticado, cuando Calisto la enriquece.

* * *

La igualdad es la pieza fundamental de la justicia.

El afán de riquezas se aviva más con el uso que con la carencia y la virtud de la moderación es más rara que la de la resistencia (Michel de Montaigne, *Los ensayos*, pp. 104 y 971, Barcelona, 2007).

* * *

Tal vez nos veamos obligados a pedir la expulsión fuera de las ciudades, de los pobres respetables, para poder presentar algunas ciudades bien habitadas, como dice Homero: pobladas solo por hombres dichosos; y, como es lógico, dentro de las murallas no dejaremos a ningún obrero libre (Dion Crisóstomo, *Oratio*, VII, 105-107).

Un rico no dará a un náufrago ni el vestido teñido de su esposa ni el de su hija, y mucho menos una prenda suya, una de sus capas o de sus túnicas, a pesar de tener un buen surtido de todo ello; un rico ni siquiera dará el manto de uno de sus esclavos [...]. Aunque fuese posible encontrar a un rico, uno entre un millón, generoso y magnánimo de carácter, tal hallazgo no impediría demostrar a las claras que generalmente son mucho peores que los pobres en lo referente a la generosidad (*Oratio*, VII, 82-91, en E. Arens, *Asia menor en tiempos de Pablo, Lucas, Juan*, pp. 149-167, Madrid, 1995).

* * *

Si llenas tu casa de oro y jade no podrás protegerla continuamente. Si acumulas riqueza y honores solo cosecharás calamidades (Lao Tse, *Tao te king*, 9). Los objetos preciosos tientan al hombre a hacer el mal (12).

Acumular demasiados bienes te acarreará cuantiosas pérdidas (44). No hay mayor calamidad que no saber cuándo es suficiente. No hay mayor defecto que la codicia. Solo quien sabe cuándo es suficiente tendrá siempre bastante (46).

Llevan ropas lujosas [...], se hartan de comida y bebida, ¡poseen más riquezas de las que pueden disfrutar! Son los heraldos del latrocinio (53). El sabio no toma nada para acaparar. Cuanto más vive para los demás, más plena es su vida (81).

* * *

Cuando la acumulación no tenga tanta importancia social [...] podremos librarnos de muchos de los principios pseudomorales que hemos tenido sobre nosotros por doscientos años [...]. El amor al dinero como posesión [...] será reconocido como lo que realmente es: algo morboso y desagradable [...]. Es una de esas inclinaciones semipatológicas que se ponen en manos de especialistas en enfermedades mentales [...]. Que la avaricia es un vicio, que la práctica de la usura es un delito y el amor al dinero algo detestable (G. M. Keynes, *Economic possibilities for our grandchildren*, citado en G. Gutiérrez y G. L. Müller, *Del lado de los pobres*, pp. 132-133, Madrid, 2013).

Esta cita merece un comentario. Procede de un gran economista que ayudó mucho a salir de la crisis de 1929. Pero un hombre honrado que no trata de camuflar la maldad del sistema, sino que la reconoce: lo que intenta es justificarla como algo temporal y muy eficaz. Se puede discutir si ese fin justifica los

medios de maltratar a tanta gente durante cien años. Pero hoy, ya casi cumplidos esos cien años, hay que negar esa presunta eficacia. La acumulación no ha perdido importancia, más bien se ha vuelto más importante aún, y las víctimas de toda esa inmoralidad y de todo ese amor al dinero siguen ahí ante nosotros.

Igual que Marx creyó en una dictadura temporal del proletariado, para llegar al paraíso comunista, Keynes cree en una dictadura temporal del capital. Y ambos se equivocan, porque los dos creen que, una vez realizado el paraíso, capitalista en este caso, cambiarán los hombres. Pero ni el paraíso se realiza, porque los hombres siempre queremos más, ni los hombres cambian. Ambos autores ponen de relieve que la economía no es simplemente una ciencia abstracta y matemática, sino una ciencia humana.

De todos modos, hay que agradecer a Keynes que haya puesto tan de relieve la inmoralidad del sistema. Y a los últimos noventa años, que hayan puesto de relieve que esa inmoralidad no es transitoria, sino constitutiva. Tanto, que el gran poeta español Luis Rosales ha sabido describir los efectos que deja en nosotros esa inmoralidad reconocida, misma que el economista Keynes creía temporalmente necesaria para nuestro progreso. Seleccionaré, para terminar, parte de un poema muy largo dedicado al dinero.

* * *

El dinero solo es dinero cuando se gasta
dicen los libros y los niños.
Y este principio puede vacunarnos,
ya que el dinero acumulado suele tener consecuencias muy perniciosas:
Distancia al hombre de sí mismo,
le da el poder comunicativo de expresar su agradecimiento con un cheque
le produce una cierta inflación en la mirada,
le alucina los pies.
Y en esto se parecen el dinero y el frío.
Tendríamos que hacer algo,
ya que el dinero como si fuera un espejismo,
que no lo es,
todo lo hace posible.
Todo lo hace posible y al mismo tiempo sucedáneo.
Y tiene tanta fuerza que puede trasladar un monte o destruir una ciudad;
pero no puede dar una alegría:
solo brinda satisfacciones,
satisfacciones retaceadas, pluscuamperfectas, convergentes,
que año tras año

dejan su anonimato sobre el rostro
 igual que la sonrisa se congela en la boca del muerto.
 El dinero ha perdido la inocencia,
 si es que la tuvo alguna vez...
 además es idólatra,
 y crea de vez en cuando un nuevo dios que no nos sirve para nada...
 Ya sabemos que hay cosas muy distintas...
 amores transitivos e intransitivos
 y besos que se dan a noventa días como letras de cambio
 donde no se tramita la saliva
 y siempre son el mismo beso hereditario,
 la misma ruina tenacísima,
 y, desde luego, el mismo frío aglutinado y uniforme
 que llega hasta nosotros desde los cuatro puntos cardinales...
 Y seguimos andando durante toda nuestra vida para encontrar el Banco
 pero andamos cada vez con más frío
 con más impedimento y poquedad.
 Y ahí tropiezan tus pies
 Y caes, y vuelves a caer
 hasta que ya no puedes levantarte...
 Y no sabes que has muerto porque empiezas a ser feliz...
 Y es tan dulce mirar sin ver la luz
 y es tan dulce no sentir en el cuerpo ni siquiera el latir del corazón,
 no saber dónde cantan los pájaros.
 Porque tú ya no escuchas,
 y te quedas al fin deshabitado.
 Y en esto se parecen el dinero y el frío
 (Luis Rosales, *Poesía reunida*, pp. 20-24, Madrid, 1983).

La comparación con el frío me parece muy afortunada. Los millonarios son la Siberia humana. Todo el inmenso sufrimiento de los pobres y los hambrientos de este mundo, les toca el corazón tan poco como si en plena taiga siberiana encendiéramos una vela para calentarnos...

Y acabemos con un epigrama, tan breve como lúcido, del académico Juan de Iriarte (no confundirlo con su sobrino Tomás, el de las fábulas), que vivió en el siglo XVIII.

El señor don Juan de Robres
 de caridad sin igual,
 por amor hacia los pobres
 les construyó este hospital.

Pero antes... hizo a los pobres.

La fecha del poema permite ver que nuestros males vienen de lejos. Y si todo es así, permítaseme concluir con esta parodia del Salmo 1:

Dichoso el hombre que no sigue los consejos del neoliberalismo,
Ni entra por la senda de los insolidarios
Ni se sienta en reuniones con los millonarios.
Será como un árbol plantado al borde de la acequia.
Da fruto en sazón y no se marchitan sus frutos.
No así los millonarios, no así:
Serán paja que arrebatara el viento.
En el juicio los millonarios no tendrán palabra
Ni los avaros en la asamblea de los justos.
Porque el Señor ama el camino de la gente sobria
Y el camino de los millonarios acabará mal.

Ojalá todo esto ayude a comprender el fracaso del siglo XX.